

ALMAGRO Y CUENCA

¿Qué tienen que ver Almagro y Cuenca? En realidad, bien poco, pero por una de esas casualidades que acaban mejor que si lo planeases, un fin de semana las hermanamos sin querer y salió redondo. Unos veníamos de Almagro y otros de Murcia y buscando un punto cercano un sábado por la tarde Almagro y Murcia se dieron el beso en Cuenca y nos reunimos todos en el Parador de Cuenca.

Pero, en realidad no tienen nada que ver las dos ciudades. Por lo menos, eso creo yo.

ALMAGRO

Desde que puedo recordar, Almagro era para mí una ciudad del patrimonio familiar. De la imaginería familiar. Dándole vueltas al porqué la única explicación que le encuentro es ésta: la primera vez que estuve en Almagro, allá por el verano de 1969 con mis padres y mis hermanos, mi padre nos llevó de un sitio a otro, de un pueblo a un monumento, relacionándolos siempre con mi abuelo. Supongo que nos daría más de una y más de dos explicaciones al respecto, pero yo no le escuché, o no le hice caso o lo que contaba no me interesó, porque no ha sido hasta mucho después cuando caí en la cuenta de que, en aquel viaje, lo que recorrimos fue la ruta que mi abuelo Víctor contaba en su libro “Nuevo Viaje de España. La vía del calatraveño”. Pero de una u otra manera aquello me entró en el subconsciente y allí se gestó esa unión entre Almagro y mi familia.

Así pues, cuando surgió la posibilidad de volver a Almagro –donde no había estado desde entonces- ese algo dentro de mi cabeza me llevó al libro y busqué las crónicas dedicadas a la zona. Aquel invierno me lo había pasado buceando en el archivo tratando de ordenar las notas que mi abuelo tomaba para escribir sus artículos y me había entretenido buscando esas notas en el texto definitivo. Pero, entre el poco tiempo y el mucho trabajo que es, no había pasado de la crónica X, la del valle del Alcudia.

Y casualmente nuestra ruta de mi infancia empieza en la crónica XI, “Campo de Calatrava”. A la altura de Valdepeñas, donde pasáramos la primera noche de mi viaje infantil en el Motel “El Hidalgo”, algo en el hígado me dijo: abre el libro y lee, que has llegado hasta aquí y aún no has abierto ni una línea. Y empecé a leer en voz alta: “la música de los bolillos empieza en Moral de Calatrava.”

Mientras iba leyendo las tres crónicas que dedica a la zona, recordé las visitas de la infancia y, en un segundo, el movimiento de los bolillos con el que mi padre intentaba bordar para sus hijos una pieza de artesanía familiar, cobró sentido. ¡Han tenido que pasar 35 años para que yo reconociera en ello el pañito de encaje que mi padre tejía!

No sé si es que leí con entusiasmo y convicción o, que lo que contaba don Víctor les pareció muy interesante a los que me escuchaban, pero antes de entrar en Almagro a dejar las maletas en el parador, girábamos a la izquierda para entrar en el Campo de

Calatrava y subir al Sacro Convento Castillo de Calatrava. Yo ni sabía donde estaba, porque no lo recordaba, y tampoco la crónica daba muchas pistas. Al margen de que los años también pasan por carreteras, caminos y pueblos, pero el instinto nos decía que “hacia Calzada de Calatrava” y hacia allí fuimos. A buscar las palabras escritas y hacerlas verdad.

Y creo que lo mejor es que juzguéis vosotros mismos. No quiero yo ni intentarlo.

Esto es lo que dice mi abuelo:

“A ambos lados del camino natural y militar de Andalucía a Castilla, tantas veces atronado por los «cornos» del guerrero cristiano, del germano, del sarraceno, del latino y hoy silencioso hasta la congoja, se alzan dos cerros. El de la izquierda, de unos doscientos metros sobre la carretera. El de la derecha, de más de trescientos (314 exactamente). El de la izquierda conserva aún una buena parte del castillo de Salvatierra, que defendió este paso hasta principios del siglo XIII, en que fue derruido por una oleada sarracena. El arzobispo Jiménez de Rada -buen ejemplar de prelado a caballo, y buen ejemplar de trabajador y de político- lo llamaba «Alcázar de Salvación». Pero no valió la cosa. Allí parece que no se salvó nadie del furor de un caudillo cordobés, que luego las pagaría todas juntas en Las Navas.”

Y esto, lo que yo vi.



Espoleados por las descripciones del texto y a pesar de que la hora se nos echaba encima, pasamos entre los dos cerros y subimos a las ruinas. Advierte mi abuelo, que “al coche del cronista le dijeron que había subido al castillo un jeep”, pero el camino era tan malo entonces, que “se picó” y subió andando. Nosotros, niños y padres del verano del 69, también lo subimos a pie y yo recordaba lo horrible de aquella subida tremenda bajo el sol machacante de una mañana de finales de junio. Esta vez, y aunque el camino no llega a ser ni regular, sí arriesgamos el carter que don Víctor no quiso poner a prueba:”estas audacias con el coche propio no son recomendables, y no me quiero hacer responsable de la rajadura de un “carter”.

Yo no sé cómo construían estas edificaciones los obreros de aquellas épocas, porque para subir toda esa piedra por aquellas rampas de “guijarros en punta” hay que ser muy hombre. Es un risco enorme y está mucho más alto de lo que uno se supone al verlo. Cada uno de los sillares del castillo, que también es mucho más grande de lo que parece, es una mole. Y el conjunto en sí es imposible de entender con nuestra pobre mente de hoy, donde hazañas como esta no entran en el índice. ¡Data de 1217! No había ni grúas, ni cintas transportadoras, ni carretillas hidráulicas: sólo poleas y muchos brazos. Es impresionante. Y las vistas desde ahí arriba del campo de Calatrava son de quitar el hipo. Todo un mar verde de sembrados y rojo de arcillas hasta donde se pierde la vista, que al sur es la Sierra de Madrona y un poco más allá la Sierra Morena: la vía del calatraveño, la que lleva a Santa María a muy poquita distancia de Andujar. La entrada a Andalucía, la frontera entre los moros y los cristianos, la tierra de caballeros y cruzados defendiendo su fe a sangre y fuego. ¡Es tan sencillo imaginar una batalla entre armaduras y turbantes a los pies de la inmensa ruina! ¡Hay tanto espacio, llano y liso, para dejar encabritarse a los caballos sin miedo a que te falte espacio! ¡Y es tan verde! No, no “es árida la Mancha, al menos en el Campo de Calatrava”.

Admiramos ruinas, murallas y almenas y cuando el sol a nuestras espaldas teñía de naranja campos, rocas y paisajes, volvimos sobre nuestros pasos: rodeando el castillo de Salvatierra, del que no queda

más que una torre y un pedacito de muralla, a cruzar el Jabalón, y tras coronar el puerto del Reventón, entrar en el Parador con los últimos dorados de la tarde. Por el camino, olivos, norias y charcos – toda esta tierra, esté donde esté, (...) se perfora la coraza de creta y sale agua”- y en el alma el asombro de haber visto un paisaje, que por tan inesperado, nos cautivó en un par de segundos.

El Parador es grande y está en el antiguo convento de San Francisco, construido por la familia Dávila de la Cueva en 1596. Las habitaciones están en las antiguas celdas de los frailes y en la restauración se ha cuidado de no perder ni las formas, ni las puertas, ni las ventanas originales, lo que hace que siga teniendo aspecto de convento a pesar, por ejemplo, del jacuzzi que había en nuestra suite.

Tiene un montón de patios interiores, ahora acristalados unos y cerrados otros, formando así los largos pasillos a cuyos lados están las habitaciones. Yo no sé si son, de verdad, 14 como me dijo el de la recepción, pero desde luego, son muchos y es muy sencillo perderse. El comedor, como en muchos otros conventos reconvertidos a paradores, está en el refectorio y tiene un maravilloso artesonado en el techo y las paredes cubiertas hasta media altura de azulejos pintados a mano, tan bonitos, que dan ganas de agarrar un pico y sacarlos de allí. Y por supuesto el púlpito para el hermano lector, de hierro forjado con las lenguas de fuego infernales, pintadas en rojo, que dan más susto.

Era casi la hora de cenar y teníamos reservada la mesa correspondiente, pero no quisimos acercarnos al restaurante, sin pisar, por lo menos un momento, la famosa plaza de Almagro. El frío era intenso y las piedras del suelo estaban heladas lo que hacía muy peligroso el paseo, pero pasito a pasito recorrimos la calle de Nuestra Señora de las Nieves, dejamos atrás el convento de la Concepción Bernarda, de precioso portalón, y la Casa del Capellán de las Bernardas, que aún es más impresionantes y por delante de la Casa Solariega de los Rosales, entramos en la plaza. Por ese camino, pegaditos a la casa solariega, tienes a ambos lados los “soportales de columnas de piedra que sostienen unas estructuras de un solo piso, con galerías de cristales, pintadas de verde y apoyadas en grandes vigas con zapatas labradas”. Y si vas poco a poco rodeando la plaza de derecha a izquierda para volver al mismo sitio, verás las zapatas labradas y los dinteles “de Almagro que valen la pena”. También se pasa ante la puerta del Corral de Comedias, “el teatro del siglo XVI mejor conservado de España”. Pero un cartel advierte de que lo están reformando y no se puede visitar. ¡Qué pena tan grande! A cambio, al completar la vuelta, descubrimos en lo que fueran los Palacios Menestrales, el recién inaugurado Museo Nacional del Teatro.

Deleitándonos con la idea de visitarlo a la mañana siguiente nos sentamos a la mesa: “El Corregidor” nos esperaba con solomillo de venado para unos, codornices estofadas para otros, migas,

berenjenas y pisto y, como también en “provincias” se van modernizando en cuestiones culinarias, de postre, mousse de queso, de queso manchego.

Amaneció un sábado magnífico: frío, de los que cortaba la respiración, pero un sol espléndido. Reconfortados con un opíparo desayuno, nos lanzamos a la calle. Destino: el museo del teatro. Como ya he comentado, está en el edificio que fuera Palacio de los Maestres de Calatrava. Allí, en la Edad Media, vivieron los frailes legos y los caballeros de la Orden de Calatrava y fue sede del Gran Maestre. En el siglo XVI pasó a ser la residencia del gobernador de Almagro y en siglo XVIII, se quedó como cuartel de caballería. Un incendio lo dejó convertido en ruinas: sólo se salvaron algunas dependencias y el patio. La desamortización lo llevó a manos particulares y no quedó nada de él. Hasta que en 1994 el ayuntamiento lo cedió al Ministerio de Cultura para que se remodelara y se instalara en él, el Museo Nacional de Teatro.

Tiene tres plantas, cada una de ellas dedicada a una etapa diferente de nuestro teatro: el teatro greco-romano, el del Siglo de Oro, los siglos XVIII al XIX y para rematar el recorrido, la zarzuela, la ópera, el género frívolo, los festivales de España... Se exponen también, en el claustro, los artilugios y la maquinaria que se utilizaba para que sonara la lluvia, tronara en escena o pareciera que los amantes se besaban ante una cascada de aguas bravas.

Tienen unas magníficas maquetas de los teatros más importantes: Mérida, Sagunto, Real de Madrid... pero también de otros mucho más castizos, como la Corrala, la Zarzuela, el teatro Lara, el Español o el Príncipe. La maqueta del teatro griego es virtual y cuando te acercas, aparecen proyectados en su escenario los actores y el coro de una clásica tragedia griega. Impactante.

Por supuesto, hay una colección de trajes vestidos por las actrices más conocidas, entre ellas Catalina Bárcena o Margarita Xirgú, pero también Concha Velasco o Nuria Espert. Y los figurines de cientos de obras y ballets. Incluso puedes comprar un CD con toda la colección. Yo me quedé enamorada de los figurines de “Petrouchka” de Alexandre Benois, comprados al pintor cuando éste acompañaba a los ballets de Diaghilev en su gira por España.

Y carteles, programas y cualquier cosa, objeto o dato que ayude a entender y seguir la historia de nuestro teatro. Una idea colosal.

El museo, ya lo he dicho, está en una de las esquinas de la plaza de Almagro, así que tras la visita se imponía pasearse por los soportales, ver tiendas y artesanías y disfrutar de un vasito de vino de la tierra con una berenjena –“puesta en adobo con un palito de hinojo atravesado en el corazón”- antes de seguir paseando por sus calles tan bien conservadas y tan ricas en palacios, portales y conventos. Y antes de ir a ver como suena esa “música de los bolillos”. “En Almagro, de diez, diez” mujeres hacen encaje, decía mi abuelo en su crónica número XI. Pero ya no es así. Quedan muy pocas encajeras,

muy pocas mujeres que sepan hacer esa blonda que en el siglo XVI les enseñara a hacer una “flamenca grandota como una modelo de Rubens, que vino con los Fugger (...) y que se llamaba Rita Lambert” En el Palacio de los Fúcar, que es como los españoles pronunciamos este apellido alemán, el de los banqueros de Carlos V, oriundos de Augsburgo y arrendatarios de las cercanas minas de Almacén con los que llegó Rita, se creó una escuela de encajeras que funcionaba aun cuando a mediados de los 50 se escribió “Nuevo Viaje de España”, pero ya no existe. Ya las niñas no “nacieron bailando la danza de los palillos en los dedos ágiles”. Quedan muy pocas mujeres, y son todas mayores, las que trabajan de sol a sol por unos euros que no sacan de pobre a nadie. Me acerco a preguntar por su trabajo a una mujer que no para de mover los bolillos mientras habla con unos y otros. Por una puntilla que tarda 10 horas en completar y que da para rodear con primor un pañuelo para la nariz, cobra 9 euros. ¡Y lleva moviendo bolillos entre sus ágiles dedos desde los cuatro años y tiene más de 60 y se ha dejado la vista –“eso si, un poco a costa de unos bellos ojos profundos”- y la espalda en ello.

Pero las piezas son bellísimas: una filigrana de hilo, que sobre el marrón oscuro de la almohadilla que la mujer apoya en su regazo, resalta y brilla como una joya de diamantes. ¡Una vida de mujer para alegrar un babero de bebé, un mantel de fiesta o un pañito para el pan! ¡Una sinfonía de bolillos de olivo, labrados a navaja y blanqueados con lejía para una mantilla de novia!

No sé sin con admiración o con pena o porque la conciencia me lo reclamaba, a esta mujer le deberemos la belleza de las puntillas que decoran unos pequeños almohadones de hilo, que llevan escondido un jabón de olor, para meter en el armario de ropa blanca que compré.

Curiosamente, hacer bolillos se ha puesto de moda en Madrid y muchas mujeres que antes bailaban sevillanas, hacían punto de cruz o iban al gimnasio, se dejan ahora el dinero en aprender este viejo oficio que va a dejar de serlo en breve. Lo que sí venden ahora en grandes cantidades son los bolillos –torneados a máquina y no a mano y de maderas más baratas y menos duras que el olivo-, las almohadillas y los pies para sujetarlos. Puedes comprarlos por teléfono y todos los días salen varios envíos por “Seur” a los lugares más inverosímiles de nuestra geografía. ¡Al menos algo es algo!

Había llegado la hora de comer. Con pena y con muchas ganas de volver, le di la espalda a la plaza, fotografié algunos portales y portaladas y volví al Parador a comer con el resto del grupo.

Después de comer salíamos hacia Cuenca donde nos esperaba el resto del grupo familiar. La alegría de compartir con ellos lo que restaba del fin de semana me compensó de la pena de dejar los campos de Calatrava. Hay que volver, compañeros.

CUENCA

Desde Almagro puedes llegar hasta Cuenca por dos caminos, según el estado de ánimo de cada momento o de las prisas por llegar que tengas. Puedes hacer la machada de volver hasta Ocaña, que es autopista, o cortar el rectángulo por su diagonal y atravesar los Campos de Montiel hasta Manzanares para luego subir por Alcázar de San Juan, Campo de Criptana, Mota del Cuervo y Belmonte hasta Cuenca. Este camino fue el que elegimos. Ante nosotros la inmensa llanura que se pierde por el horizonte, siempre festoneado por sierras y montes, a los que sin embargo nunca llegas: “la tierra se va haciendo tan plana, que el viento podría llevar una uva rodando desde Alcázar a Campo de Criptana.” Los campos están verdes y brillan por la lluvia que ha caído estos días. Yo sé, porque lo escribió mi abuelo, que bajo mis pies está “la gran cisterna de la Mancha”, “el gigantesco aljibe que embalsa cantidades colosales de agua fresca y un poco calar” que “está convirtiendo en huertas los páramos”. Es cierto. Aún hoy lo es.

Y aún hoy están los tres molinos de Campo de Criptana a la izquierda de la carretera. Los vemos al pasar con el coche. Antes, cuenta el abuelo en su crónica, pertenecieron uno a Zuloaga; otro a Juan Cristóbal y el tercero, al ayuntamiento. Pero no sé si seguirá siendo así. Tampoco tenemos tiempo para preguntar. Volamos por Mota del Cuervo, y casi ni alabamos el castillo de Belmonte. Queremos cruzar entre la Sierra de Almenara y la del Monje para llegar a Cuenca de día.

No lo conseguimos. Subíamos por la Hoz del Huecar con las luces encendidas en todas las casas colgadas frente a nosotros y los riscos iluminados desde abajo para que parezcan más impresionantes.

La familia nos esperaba en el Salón de Invierno leyendo la prensa, mansamente, y con unos Gin Tonics al alcance de la mano para mayor relax. Desde luego, no para emular la vida monacal de los frailes o monjes del siglo XVI que vivieron en el convento de San Pablo, hoy reconvertido en parador.

Traíamos de Almagro una recomendación para cenar y antes de que fuera tarde y todo se llenara, nos encaminamos a “La Bodeguilla de Basilio” que es como se llamaba el lugar. Un sitio pequeño y lleno hasta los topes. Con las paredes forradas de aperos de labranza, fotos y botellas de vino. Y un diminuto comedor de cuatro mesas donde nos instalamos bastante impresionados por el hallazgo.

Nos habían dicho que era imprescindible probar la sartén de huevos fritos y patatas a lo pobre y que tampoco desecharíamos la idea de las chuletitas a la brasa, pero antes de pedir, lo mejor siempre es dejarse aconsejar por el responsable. Y éste resultó ser un redicho que nos dejó, primero con la boca abierta y después sin poder cerrarla de la risa, cada una de las cuatro veces que repitió la letanía de las bondades de la casa. En pie a la cabecera de la mesa, bloc en mano, nos recomendó las especialidades, las que ya conocíamos. Y cuando se lo hicimos notar, se despachó con una frase memorable y que quedará para el recuerdo: “No es menos cierto que

en el transcurso de la carta...” con lo que quería decir que además de lo buenísimo que estaba lo recomendado, el resto tampoco se quedaba manco. Pero no paró ahí. Con lo sencillo que es decir que las raciones son grandes, “Basilio” se refirió a ello con la siguiente expresión: “nuestros platos, de alguna manera, son generosos” y ya, claro, nos rendimos a sus encantos. ¡A sus encantos y a sus comidas! Los huevos rotos sobre las patatas pobres estaban de chuparse los dedos, el chorizo de ciervo, no pesaba a pesar de su mala fama, las cebolletas a la plancha con sal gorda y chorrito de aceite no tienen nada que envidiarle a los calçots, y encima no había que pelarlas. Pero lo más increíble fueron las chuletitas: servidas en la misma parrilla sobre las que estaban hechas, estaban tiernas, crujientes y con ese olor y ese sabor tan especial que les da la brasa de sarmientos. Me las comí incluso yo, que no soporto el cordero. Estaban de chuparse los dedos. Todo bien regado con un vino manchego, muy correcto. Y de postre, mousse de queso, manchego de nuevo, esta vez con frutas del bosque. Para rematar la faena, la casa invitó a un suave café de puchero, muy oloroso, acompañado de alajú –dulce de origen árabe a base de miel y almendras- y la copita o chupito de *resolín*, que nos sirvieron en un porrón tamaño juguete.

A esas alturas de la cena, nuestro Basilio había repetido la cantinela del “no es menos cierto”, las cuatro veces que lo requirieron los comensales de las cuatro mesas que nos rodeaban y nosotros, con la alegría del vinito y la hilaridad exacerbada que nos da cuando

estamos “en familia”, no podíamos aguantar más la risa y a punto estuvimos de pedirle la cuenta con un “no es menos cierto, que si no nos da la cuenta, nos marchamos sin pagar”, pero nos contuvimos a tiempo y nos quedamos con la frase para los anales de nuestra historia.

Volvimos al parador en estado de placidez. La noche, muy fría, no amenazaba ni con lluvia, ni con nieve: sólo era el preámbulo necesario a una agradable y placentera cama con dosel y a una mañana de domingo sin madrugones ni obligaciones. “No antes de las diez”, fue lo último que se oyó al ir cerrando puertas. “Más, que sean casi las once”, le contestó una voz familiar desde el fondo del pasillo.

Cuando a las siete de la mañana abrí el ojo, los tejados que veía desde la cama, estaban nevados. Estupendo. No había más que mullir un poco la almohada y seguir durmiendo. ¿No decía el hombre del tiempo que no convenía salir de viaje? Pues eso. No había prisa.

Eran casi las once cuando nos sentamos en el refectorio. También San Pablo fue convento, pero en éste los azulejos ya no existían y a cambio, en su pared del frente, unas manos femeninas habían pintado una orquesta que tocaba rodeada de cestas de frutas y cuernos de la abundancia. Los bocetos a carboncillo, convenientemente enmarcados, decoraban las paredes del salón de invierno. No había hermano lector, pero sí estaba allí su púlpito. Con la escalera semi escondida en la propia pared y de piedra tallada.

Entre café y zumo hicimos los planes del día. Nevaba, si, pero también se veía un cielo azul por otra ventana. No nos íbamos a marchar de allí sin ver el museo de arte abstracto. Estábamos a tiro de piedra. Sólo había que cruzar el río Huecar por el puente de San Pablo. Algunos no estaban muy convencidos por vértigo y el puente estrecho y de madera, que cuelga sobre el río da muy poca sensación de estabilidad. Además estaba muy resbaladizo, porque la madera con la nieve caída, propiciaba el resbalón. Soplaban el viento y nevaba pero desde allí, en lo alto del vacío y en mitad de la hoz, el espectáculo de la roca cortada en formas inverosímiles, quitaba la respiración: se podría levitar si no fuera por el frío que no te dejaba parar ni un segundo: adelante, adelante hasta el museo.

El museo está en una casa, medieval, colgada sobre la hoz que ocupó Gonzalo González de Cañamares en el siglo XV y que fue Casa Consistorial hasta el siglo XVIII. Luego se quedó abandonada hasta que en 1927 se restauró la zona para intentar conservar el aspecto original de las casas. En 1950 se vuelve a restaurar la casa y en 1978 se le añade una portada renacentista que procede del antiguo palacio de Villarejo de la Peñuela.

Se abrió al público en 1966 para exhibir la colección de pintura y escultura del pintor Fernando Zobel. En el diseño y planificación del espacio y las salas colaboran los pintores Gustavo Torner y Gerardo Rueda, de quienes se pueden ver varias obras. En 1980 Zobel dona las obras a la Fundación Juan March, que se quien se encarga desde

entonces del museo, al que ha dotado, además, con obra nueva de sus fondos: Canogar, Palazuelo, Viola, Tapies, Millares, Lorenzo...

Eso en cuanto a lo que cualquiera os podría contar. Yo sólo puedo añadir lo más fácil: hay que verlo. Se ha conservado la forma irregular de la casa, ampliando el espacio al tirar tabiques innecesarios y dejar sólo las columnas y muros de carga necesarios para que no se venga abajo. Las paredes blancas y los suelos de piedra pulida, bordeados en todo su perímetro por una raya blanca, que no es más que la misma pintura de la pared que se remata de esta curiosa manera, hace que el espacio tenga una continuidad: “así se cierra un círculo, un espacio sin aristas ni fin, en el que se guarda, como en un capullo, lo más granado de la pintura española contemporánea”.

Un gran cuadro por cada pared: una “Brigitte Bardot” de Saura en la sala bajo cubierta, con todas sus vigas vistas. En el cuarto negro, hay un boceto de Mompó para su “Semana Santa en Cuenca”, que es aún más impactante que el cuadro en sí, cuyas medidas –casi tres metros de largo- bastarían por sí solas para impresionar. En el cuarto blanco, de pared blanca y de suelo lacado en blanco, cuatro ventanas cuadradas y de ancho marco, también en blanco, enmarcan el paisaje al otro lado de la hoz. ¿Qué es más moderno? ¿Los móviles de Eusebio Sempere o la roca cortada por el agua a lo largo de los siglos?

No hay tregua: cada escalera que subes, cada espacio que atraviesas es un reto a la capacidad de cada uno para comprender lo

que tiene delante. Las esculturas de Chillida, de líneas rectas y lisas, se vuelven redondas y suaves en un sitio tan pensado para contemplarlas. La abstracción no cuesta. Ver los “Campesinos mirando pasar a la gente” que es un precioso cuadro de Mompó, acaba por decirme al rato de mirarlo, que sí, que eso azul son las aspas triangulares de un molino de viento y la mancha marrón con puntas, la silla de enea desde la que mira el labriego. ¿Por qué no?

En la tienda del museo completamos la visita: un abanico decorado por Mompó; una carpeta con seis facsímiles de los cuadernos de notas de Zobel, que desde una de las vitrinas de una de las salas, me atraen por la belleza de la acuarela y las minuciosas anotaciones del pintor. En una página, una foto de un niño tirado en el suelo. En la otra, la mancha, la abstracción a la que Zobel llega mirando la foto. ¡Ya sé qué imagina Zobel cuando pinta! ¡Ya sé que proceso mental sigue!

Cuando salimos a la calle de nuevo, no nieva. Lo curioso de la mañana ha sido la alternancia de copos y sol. Por el ventanal del primer piso vimos la hoz bajo un cielo azul. Por la ventana del segundo, la nieve cayendo furiosa. En la sala blanca, las gotas de agua que habían quedado en plantas y árboles, brillaban al sol.

Decidimos no dejarnos impresionar y subimos a ver la catedral. Era ya casi la hora de comer y convenía ir pensando en dejar Cuenca, pero ¡cómo no acercarse al menos, hasta la puerta! Subimos dejando sin ver y reservados para la próxima vista, los museos municipales y

diocesano y entramos en la catedral, que estaba en obras al ritmo de la música de campaña del PP: un autobús aparcado en la plaza lanzaba mensajes y consignas y un ramillete de la tercera edad bajaba contento con sus folletos y regalos en la mano.

Dicen que la catedral está construida sobre los restos de una antigua mezquita árabe y que el propio rey Alfonso VIII, después de la conquista de Cuenca, habría colocando en ella, con sus propias manos, la Virgen del Sagrario que había llevado en el arzón de su caballo durante los meses de asedio. Los expertos dicen que eso sucedió más o menos en 1183. Y la verdad es que, lo mismo que no se sabe la fecha exacta del comienzo de las obras, tampoco se ponen de acuerdo los especialistas en el estilo: dentro del gótico, una variante anglonormanda para unos, o franconormanda, para otros.

No vamos a pelearnos por ello. Cuando acaben las obras, seguro que editan guías con todo lujo de detalles y ya nos lo explicarán a todos.

A algunos les chocó una inscripción en latín que hay en algunas capillas, incluido el Altar Mayor: **UNUM EX SEPTEM.**

Pues, queridos, significa “uno de las siete”. ¿De los siete qués? Uno de las siete altares de la catedral, “a los que en 1849 el Papa Pío IX, a instancia del Obispo Fermín Sánchez Artesero, concedió las mismas indulgencias que se consiguen visitando y rezando en alguna de las siete Basílicas de Roma”. ¡Cinco años de indulgencia por su visita y las oraciones al santo titular del mismo! Que pueden ser siete, si se

visitan y se reza en estos altares el día de la fiesta del santo. Ya más difícil, pero no imposible, es conseguir la indulgencia plenaria: habría que visitar y rezar en los siete altares en un mismo día. Se puede hacer una pequeña trampa: vale si se empieza al mediodía del día anterior.

Y en eso salió el sol con fuerza. ¿Qué cómo lo sé si estábamos dentro de la catedral? Muy sencillo: por una vidriera del crucero entraban los rayos dejando una luz anaranjada con motas de colores que alegraba columnas y naves. Una vidriera la mar de moderna. Parece de Sempere: tiene las rayas esas horizontales de muchos de sus cuadros, comento yo. Si, opinó otro, no sería de extrañar que hubieran pedido a los pintores recogidos en el museo, la colaboración para el diseño de unas vidrieras que se perdieron hace siglos.

Miramos hacia arriba: el rosetón de la izquierda, no parecía nada contemporáneo. Es lo de siempre: santos y escenas de la Biblia. Claro, es de Giraldo de Holanda (siglo XVI) y representan la genealogía de Cristo: en el centro, Adán y Eva y en el ático, el Padre Eterno. Pero las del lado derecho, sobre el Altar de Santa Ana y la Capilla del Obispo, hay un conjunto, una ventana circular y tres alargadas, por el que entra esa alegre luz anaranjada que no tienen de clásico ni el aspecto. No son de Sempere, son de Gustavo Torner. Y las que están encima del coro, de Herri Dechanet.

¿Os gustaría verlas? Pues no os quedéis con las ganas.



Vidriera de Gustavo Torner



Vidriera de Bonifacio Alonso

Había llegado el momento de marcharse. De la catedral y de Cuenca.

Volvimos a cruzar el puente de San Pablo: esta vez nevaba de verdad. Grandes copos de los que caen mansamente y que parece que no van a cuajar estando tan mojado el suelo, pero que cuajaba en el pelo, la ropa o las gafas.. ¡Emprendimos camino a Madrid tras los besos y los abrazos de despedida y con la pena de pensar que se acababa el fin de semana, pero reconfortados con la idea de repetir. ¡Nos hemos dejado tantas cosas por ver!